

SAN SIMON DE ROJAS, MAESTRO DE ORACIÓN

P. José Gamarra

A LOS LECTORES

Hace ya unos años que apareció este folleto en forma de librito, editado por CLAUNE, sobre todo para los monasterios de vida contemplativa. Con este sencillo trabajo pretendía dar a conocer algunos -sólo unos pocos- aspectos de la preciosa doctrina sobre la oración del gran maestro y modelo de oración, san Simón de Rojas, trinitario.

Lo presentamos ahora de forma más modesta, pero esperamos que igualmente práctica. La iniciativa se la debemos a los responsables de la parroquia de San Juan de Mata de Alcorcón que han querido señalar de esta manera el cuatrocientos cincuenta aniversario del nacimiento de san Simón de Rojas. He accedido con gratitud y gozo a redactar estas líneas de nueva presentación.

No he introducido ningún cambio en el texto. Pienso que el hermoso mensaje que el Santo nos transmite en estas páginas sigue siendo y será siempre de perenne actualidad; más, si cabe, al comienzo del Nuevo Milenio, como lo expone, con mucha fuerza, el propio Juan Pablo II en su Carta Apostólica NMI. Dice, por ejemplo, que orar «no es algo que pueda darse por supuesto. Es preciso aprender a orar, como aprendiendo de nuevo este arte de los labios mismos del Divino Maestro, como los primeros discípulos: “*Señor enséñanos a orar*” (Lc 11, 1)» (n. 32). Y poco después lanza esta atrevida pregunta: «¿No es acaso un “signo de los tiempos” el que hoy, a pesar de los vastos procesos de secularización, se detecte una *difusa exigencia de espiritualidad*, que en gran parte se manifiesta precisamente en *una renovada necesidad de orar?*» (n. 33).

De ahí que se sienta como autorizado a continuación a hacernos, casi a modo de conclusión, la siguiente propuesta: «Sí, queridos hermanos y hermanas, nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser *auténticas “escuelas de oración”*. De “una oración intensa, que sin embargo no aparta del compromiso en la historia: abriendo

el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios” (n. 33).

Confío en que la lectura atenta y reposada de las siguientes páginas contribuya en alguna medida a que todos oremos más, con la ayuda del Espíritu, y sobre todo, oremos mejor.

Salamanca, 28 de septiembre de 2001,
fiesta de San Simón de Rojas

Fr. José Gamarra, O. SS. T.

PRESENTACION

Este pequeño volumen quiere ser un resumen -muy breve y, seguramente, imperfecto- de la doctrina de San Simón de Rojas, trinitario, sobre la oración.

En las páginas introductorias trazo la semblanza del Santo. A continuación expongo los puntos que, a mi juicio, son básicos en su pensamiento sobre la oración.

Entre los escritos de San Simón de Rojas el fundamental es su tratado sobre «La oración y sus grandezas», que rezuma una muy rica espiritualidad. Está dividido en cinco partes: las tres primeras tratan propiamente de la oración; las otras dos son exposiciones -preciosas exposiciones- sobre los misterios de Cristo y de María.

En cuanto me ha sido posible he seguido el orden que el mismo Santo lleva a lo largo de los 69 densos capítulos, correspondientes a las tres primeras partes de su obra. He insertado muchos textos suyos, ya que éste era, precisamente, uno de mis objetivos al iniciar este trabajo: ofrecer al lector un florilegio o selección de citas que faciliten la comprensión del pensamiento de san Simón de Rojas sobre la oración.

Durante su vida terrena nuestro Santo fue celeberrimo padre de los pobres y no menos conocido apóstol de María Santísima. Pero no sólo eso, sino que para muchos fue además un expertísimo maestro de oración.

Alguien ha dicho que el hombre moderno necesita de modelos donde mirarse. He aquí uno, ciertamente admirable, pero tan cercano que, sin sorpresa, se nos antoja imitable. Tanto su vida como sus enseñanzas nos señalan un camino para ir hasta Dios.

Roma, 28 de septiembre de 1988,
fiesta de San Simón de Rojas.

P. José Gamarra, O. SS. T.

I

EL PADRE ROJAS, ORANTE Y MAESTRO DE ORACION

No estará de más decir antes de entrar en materia quién fue y cuándo y dónde vivió el Santo trinitario. He aquí, pues, para comenzar, sus

Datos biográficos y semblanza espiritual

Simón de Rojas nació en Valladolid el 28 de octubre de 1552. En la misma ciudad, todavía adolescente, ingresó en la Orden de la Santísima Trinidad, y allí hizo su profesión religiosa en 1572.

Estudió en la Universidad de Salamanca, y en 1577, al término de sus estudios, recibió el sacerdocio. Dos años más tarde lo encontramos en Toledo como profesor de filosofía, primero, y de teología, después. Compaginaba muy bien el profesorado con el ministerio de la predicación y del confesonario.

Elegido superior de una comunidad a los 35 años de edad, en adelante lo fue de otras durante casi toda su vida, no obstante su repugnancia congénita a ocupar cargos. Tal era su renombre de santo y prudente, que las comunidades,

por así decir, se lo rifaban, y todas querían beneficiarse de su experiencia y virtud. En todas las que gobernó supo infundir un espíritu nuevo. Era un verdadero animador de la vida religiosa y un guía seguro para los religiosos.

Durante más de veinte años, los últimos de su vida, tuvo su residencia habitual en Madrid. Fue muy admirado y querido por todas las clases sociales, desde los reyes y nobles hasta los plebeyos y gentes humildes. El rey Felipe III, que lo nombró instructor de sus hijos los Infantes, lo enjuició certeramente con una breve frase: «No he visto hombre que menos sepa a mundo.»

Aunque trataba a toda clase de personas, nunca disimuló sus preferencias, que iban, al modo evangélico, hacia los últimos, hacia los pobres y marginados. Cuando Felipe IV lo nombró confesor de su esposa la reina Doña Isabel de Borbón, el Santo puso sus condiciones antes de aceptar: no había de recibir ni sueldo ni tratamiento especial, y no se le había de impedir el ejercicio de las actividades que siempre había ejercido, es decir, predicar y confesar a sus «hermanos» los pobres, promover la redención de los cautivos cristianos como se lo exigía el carisma misericordioso y redentor de su Orden, visitar a los enfermos en los hospitales y a los presos en las cárceles, y ocuparse de los pobres y marginados de la sociedad. Por eso, el Padre Rojas ha pasado a la historia con toda razón como uno de los santos de la caridad, totalmente entregado a los pobres y desgraciados.

No son de menos peso las razones que hacen considerar a San Simón de Rojas como uno de los más fervientes devotos de María que en la Iglesia hayan existido. Para sus biógrafos, la vida del Santo fue encuadrada por dos «AVE MARIA»: tales fueron las primeras palabras inteligibles que pronunció y el último suspiro que le oyeron los testigos cuando expiró. Esta invocación era para él saludo y despedida, la ponía ante su firma y la llevaba grabada en el corazón y a flor de labios. No sin motivo mucha gente le llamaba «el Padre Ave María».

Su marianismo tenía una muy sólida base teológica. En sus esquemas, María formaba parte del plan salvífico de Dios en Cristo, por el Espíritu. No comprendía a María sino íntimamente relacionada con la Trinidad. Esta dimensión salvífico-trinitaria le impulsaba a propagar con ahínco y perseverancia el culto y la devoción a la Santísima Virgen. De ella habló cientos de veces, repartió rosarios por millares, hizo imprimir grandes cantidades de estampas y oraciones, etc., que difundió no sólo en España, sino que hizo llegar a toda Europa y a tierras americanas.

Su amor a los pobres y su dependencia total y voluntaria de María los unió en una obra que todavía perdura: la «Congregación de Esclavos del Dulcísimo Nombre de María». Era, y es, ésta una asociación para seculares. Sus miembros se comprometen a vivir la relación filial con María, en forma de «esclavitud» o entrega total a Ella. La consigna del Santo para sí y para los congregantes era ésta:

«No querer ni pensar cosa alguna que no sea en obsequio de Nuestra Señora.»

Siendo todos totalmente de María, con Ella se encaminarían hacia Jesús, el Señor; y con El, por el Espíritu, llegarían al Padre y.-. al pobre. De ahí que exigiera a los miembros de su Congregación compartir sus bienes, en la medida de lo posible, y dedicarse personalmente a la ayuda y promoción de los menesterosos y marginados.

Cronológicamente hablando, Simón de Rojas es de ayer, pero eso no quita que sea también un auténtico profeta de nuestro tiempo. El P. Rojas murió en Madrid el 29 de septiembre de 1624, en olor de santidad y de multitudes. Su cuerpo estuvo durante 12 días expuesto a la veneración de sus admiradores y devotos. Puede decirse que no hubo pobre o necesitado de la ciudad que no fuera a ver por última vez y a despedir a quien todos llamaban «padre de los pobres».

Fue beatificado por Clemente XIII el día 13 de mayo de 1766. Adversos avatares históricos tuvieron paralizada la Causa de Canonización hasta fechas muy recientes. El Papa Juan Pablo II lo ha ensalzado al honor de los altares en la última ceremonia de canonización del Año Mariano, el 3 de julio de 1988.

1. Orante y maestro de oración

Nuestro Santo es, por principio, un convencido defensor del pluralismo en los modos de vivir y colaborar con Cristo para la extensión e instauración del Reino en el mundo. Pero es obligado reconocer que personalmente se apoyaba y ejercitaba más que ningún otro, en la oración. He aquí lo que declaró un testigo en los Procesos Apostólicos: «El P. Rojas fue muy dado a la oración. De tal manera que, de ordinario, todas las noches se quedaba en el coro en oración, después de acabados los maitines de medianoche» por dos o tres horas. Y muchas veces, por más tiempo. Y entre día, todo el tiempo que le daban lugar los negocios, asimismo, se quedaba en oración, así en la iglesia y coro como en su celda.»

Con humildad confesaba de sí mismo que «todo cuanto predicaba, todo lo alcanzaba en la oración». Evidentemente ahí estaba el secreto de que predicara «con tan grande fervor de espíritu, que parecía que le salían llamas de su rostro. Con tan grandísima ternura y lágrimas demostraba el fervoroso celo de la fe que tenía».

Siendo así, es normal que tuviera en tan alta estima la vida que él llama «puramente contemplativa». Comentando el conocido paso del evangelio de Lucas 10, 42, «María ha escogido la mejor parte», dice que nunca estuvo «menos ociosa María que cuando juzgada por su hermana Marta por ociosa, y nunca menos sentada que cuando más sentada, y nunca menos descansada que cuando muestra estarlo» (p. 76) *

Para él, la vida íntegramente contemplativa es muy excelsa y merece todo encomio porque

«la vida activa acaba con esta vida, pero la contemplativa continúa con la eternidad en el cielo»

**Todas las citas de los escritos del Santo están tomadas de «La Oración y sus Grandezas» en la edición preparada por el P. Andrés Rodríguez y publicada por la Postulación de la Causa de Canonización, Madrid, 1983. A esa misma edición, por tanto, se refieren los números de página que siguen a las citas.*

De manera inefable, esa será la vida de todos los bienaventurados. El Santo cita a este propósito a San Agustín, uno de sus autores favoritos:

«En el cielo descansaremos y veremos, veremos y amaremos, amaremos y alabaremos; Dios allí sin fin será visto, sin fastidio amado, sin fatiga alabado; esta ocupación, este afecto y esta acción tendrán todos» (p. 77).

Siendo así no hay que extrañarse de que se muestre exigente con los llamados a este género de vida. Reflexionando sobre la defensa que el Señor hace de María, escribe:

« Si así se duele el Redentor de Marta, por verla en cosas de acá (aunque tocante al mismo Cristo) ocupada en demasía ¿qué hiciera si viera a María la contemplativa y religiosa, en cosas de acá (y no tocantes a Cristo) muy empleada?» (p. 78).

Pero como era de esperar de un hombre de su talante también subraya las excelencias y exigencias de la vida apostólica. Esta es, dice,

«compuesta y mezclada de las dos, activa y contemplativa, que fue la misma que en esta vida mortal vivió el Hijo de Dios» (p. 74).

Quien es llamado a este estilo de vida

«contempla y enseña al pueblo lo que ha contemplado, y así es mejor» (ibid.) Y «de Cristo por el mismo Cristo se olvida».

De tal modo que

«el coro y la celda y el confesonario, y aun el altar, que por semejantes bienes espirituales del prójimo dejan por Dios se dejan» (p. 141).

Que, en realidad, no es dejarlo, sino «hallarlo de nuevo» de manera diferente. Es maravilloso vivir plenamente y sin trampa esta vida contemplativa en la acción:

«Es a Dios muy agradable un celo de las almas, engendrado en el rato de la contemplación, que salga afuera la suavidad abundante que tuviste en vuestro rincón» (p. 74).

Pero él mismo observa que «no todos llegan a tan alto estado» (l. c.). Y así es, porque eso supone una altísima y muy pura caridad que se aprende, sobre todo, «en la quieta y santa oración de Dios» (p. 139).

2. Formador de orantes

El tema de la oración era uno de los más socorridos en las charlas y conversaciones del Padre Rojas. Leemos en los Procesos: «Y le consta a este testigo cuán aprovechados salían muchos de la confesión del dicho siervo de Dios en cuanto a la meditación y contemplación que les enseñaba».

Cuando iba a predicar a los pueblos, «a las personas dispuestas les enseñaba a hacer oración».

Ponía particular interés en guiar por el camino de la oración a los jóvenes novicios y estudiantes, «orando en el coro con ellos, enseñándoles a orar» y «a ejercitarse en las penitencias y mortificaciones».

Entre sus privilegiados discípulos se encuentran también algunas comunidades de religiosas, como las Trinitarias de Villoruela (Salamanca) y las de San Clemente (Cuenca). En este monasterio se distinguió por su virtud una sobrina del Santo, sor Constanza de Rojas, que fue, además su priora durante bastantes años. Las Agustinas de Ciudad Rodrigo y otras muchas tuvieron también la suerte de tener por maestro al Padre Rojas.

Ayudó espiritualmente a personas insignes por su virtud. Citemos a la Ven. M. Mariana de San José, agustina, que sería, con el tiempo, fundadora del célebre monasterio de la Encarnación, de Madrid, y al Ven. Francisco Yepes, hermano de San Juan de la Cruz.

Simón de Rojas fue consecuente con lo que él mismo escribió en su tratado sobre la oración. En uno de los primeros capítulos, titulado precisamente «Cuánto importa... tener un guía y maestro espiritual experimentado... para acertar en la oración», aconseja que «ninguno, por espiritual y recogido que sea» se considere dispensado de dicha ayuda (p. 31). Como hombre experimentado, sabía muy bien que sin una buena iniciación a la oración dada por alguien que va por delante introduciendo y guiando, es muy difícil caminar sin sucumbir al desaliento ante las dificultades que incesantemente salen al paso.

Por eso concluye su tratado con un largo capítulo sobre «el modo y traza cómo un alma se ha de haber para orar, meditar y contemplar con fruto» (p. 257). Esas son páginas de carácter eminentemente práctico. Las termina con esta preciosa oración:

«Servíos, Señor, de mi corazón y de mi voluntad; atadla con Vos, Señor, para que nunca os deje, para que no sepa un punto apartarse de vuestro divino amor y voluntad...

A Vos, Señor, tomo por Padre, a quien quiero amar; a Vos tomo por tesorero, donde para siempre esté mi corazón; a Vos tomo por esposo de mi alma, con quien siempre quiero estar; en mí se encienda al fuego del Espíritu Santo, que vive y reina para siempre jamás. Amén» (p. 266).

3. Razones que inducen al P. Rojas a escribir sobre la oración

a) La primera página de su tratado es un gran elogio de la oración. En ella afirma que

« al paso que ella anda, anda la vida y su concierto; por manera que, así como el mar sigue el movimiento de la luna, así en la oración, sigue la vida espiritual, de manera que conforme a las crecientes o menguantes de la oración, son las crecientes o menguantes del espíritu» (p. 1).

Y añade con un tantico de humor:

«en andando de pie quebrado la oración, anda el alma vencida, desconcertada, arrastrada de sus pasiones, llena de vana alegría; huélgase en la distracción, olvida la penitencia, aborrece el recogimiento y huye de la mortificación.

Este gran valor y poder me ha sacado a tratar de ella, juntándose a esto también saber que unos sermones que en gloria de esta virtud soberana los años pasados prediqué, andan por muchas manos escritos, y faltos de verdad algunos de ellos, y otros, no enteros, ni como se predicaron; y así, por acudir al reparo de ambos daños, quise ponerme a este trabajo» (p. 1).

b) Se lamenta después de quienes ponen en tela de juicio el valor y la utilidad de la oración bajo pretexto de que «basta rezar un Pater noster, sin curar de otras novedades o santimonias» (p. 2). Mas la verdad es que «nuestro Señor a cada paso nos manda, ya que oremos, ya que siempre y en todo lugar, ya que sea sin cesar» (1. c.).

Y, rebatiendo a un interlocutor imaginario, sigue diciendo:

«Vos decís que basta un Pater noster, o cosa semejante; mientras que Jesucristo dice, tantas veces como habéis oído, que hagamos oración, sin cesar; según lo cual, será de dos una, o que yerre el Evangelio, o vos erréis, pues son los pareceres contrarios. Siendo, pues, imposible que yerre el Evangelio, síguese que vos sois el engañado y el errado, y manifestar este vuestro error y engaño, y que aciertan los que a este santo ejercicio de la oración se dan, es el argumento y pretensión de este libro» (1. c.).

e) Viendo el Señor, en vísperas de su pasión, turbados y desconcertados a sus discípulos, les animó diciendo: «En verdad, en verdad os digo, que si algo pidieréis a mi Padre en mi nombre, os lo concederá» (Jn 16, 23).

«Habiendo, pues, sido tan poderosas estas palabras, que con ellas apaciguó y despertó Jesucristo a sus Apóstoles, con las mismas (fiado de la gracia divina y ayudándome la Virgen Santísima, madre de la misma gracia), espero persuadir y aficionar a los tediados de la oración, que tengan hambre y deseo de ella» (p. 3).

II

PREPARACION Y DISPOSICIONES PARA LA ORACION

1. Necesidad de la preparación

Nadie queda excluido de la llamada del Señor que invita a todos a emprender el camino de la oración. Es más, insiste repitiendo su llamada, a fin de que se llene la sala del banquete donde El espera a los invitados. Pero sucede, por desgracia, que «muchas oraciones no pasan ante Dios por tales y se pierden» (p. 183). ¿Por qué? Con harta frecuencia esta pérdida se debe al descuido y a la falta de una preparación adecuada. El Santo cita este texto del Eclesiástico: «Antes de la oración dispón tu alma para ella, porque llegarte sin ninguna preparación, es hacerte semejante al hombre que tienta a Dios» (Ecl. 18, 23).

«En las cuales palabras se nos da a entender, ser necesario para este santo ejercicio de tratar con Dios, que preceda preparación en el alma, que la disponga al recibo de las mercedes que liberalmente allí suele la Divina Majestad hacer» (p. 95).

La oración es un encuentro interpersonal, único y privilegiado con Dios. Es «tratar con Dios» de tú a tú, como dos personas que se aman. Por eso, no hay que consentir que este trato quede en la superficie o se haga rutinario o esporádico. Al contrario, ha de ser cada vez más íntimo, frecuente y profundo. Claro que esto no se consigue de inmediato, porque supone en el orante un proceso de maduración humana y espiritual; madurez que es fruto de la ascesis personal continuada y, sobre todo, de la acción del Espíritu Santo, el verdadero animador de nuestra oración (cf. Rom. 8, 26).

«Para que un alma acierte a tratar provechosamente con Dios, y en ese divino trato gozar del sabroso y celestial licor de sus consuelos y visitas espirituales, es necesario que precedan algunas disposiciones y preparaciones espirituales, con las cuales prevenida y dispuesta el alma, se haga capaz de recibir regalos del cielo». (p.96).

2. Cómo ha de ser la preparación

Prepararse y disponerse para la oración ni es complicado ni requiere cualidades particulares en el orante.

Con relativa frecuencia se oye decir que, en una época tan agitada como la nuestra, no se dispone ni del tiempo necesario ni de la debida tranquilidad para la oración. Algo de verdad hay en ello, pero la oración es, fundamentalmente, cuestión de libertad interior frente a todos esos condicionamientos que provienen tanto de fuera como de dentro de nosotros mismos, y que tienden a impedirnos hallar nuestro centro. La sociedad en la que estamos inmersos posee grandes posibilidades y aspectos positivos; pero no menos ambigüedades y puntos negativos. Frente a éstos no podemos ser ingenuos. Toda persona consciente que quiere ser auténtica, por fuerza ha de ir contra corriente y oponerse a muchos postulados culturales actuales. Es grande la tentación de contemporizar, pero hay que resistir duro, aunque nos traten de ‘inactuales’ o nos tachen de cobardes. Juan Pablo II ha dicho que «el mundo tiene necesidad de la auténtica contradicción de la vida religiosa» (RD, 14).

El modo de orar depende, de ordinario, del estilo de vida. Según se es, así se ora. Dime cómo funcionas en lo humano, cómo son tus relaciones personales, cuál es tu capacidad de amistad y tu sentido del amor gratuito, y te diré cómo te relacionas, o te puedes relacionar, con Dios.

Evidentemente, en la autenticidad de esta relación, el factor fe, junto con el concepto que cada uno tenga de Dios, juega el papel principal. También aquí, dime cómo es tu Dios, y te diré cómo puede ser, o dejar de ser, tu oración. ¿Quién puede hacer compatible una oración encuentro filial con el Padre, con un Dios lejano e indiferente, severo e intransigente? Jesús nos enseñó a orar al Padre, Dios personal y cercano, comprensivo y todo amor.

Según esto, cada uno debe examinar con objetividad y sinceramente los aspectos e ideas que debe conformar con las enseñanzas de Cristo en el Evangelio a fin de que su oración se vaya transformando en un verdadero trato de amistad, yo-Tú, con Dios.

San Simón de Rojas nos da, en este sentido, algunas normas o directivas que fueron válidas en su tiempo y lo siguen siendo en el nuestro. Las exponemos en cuatro apartados.

A. Tener en alto concepto el valor y las ventajas de la oración

Aleccionado por su experiencia personal, el P. Rojas se muestra aquí muy buen pedagogo. Comienza el primer capítulo de la segunda parte de su libro lanzando una afirmación capaz de animar al más cobarde y retraído:

«No es tan desabrido ni escabroso el alto ejercicio de la oración, como los enemigos de ella publican, pues tiene Dios sus gustos y espirituales consuelos, los cuales comunica a sus amigos en el monte alto de esta soberana ocupación» (p. 88).

E insiste después en que, principalmente en las primeras etapas de la vida espiritual, «son estos consuelos merecedores de ser procurados, agradecidos y estimados» (p. 89).

«Acontece —escribe en otro lugar— dar Dios estas consolaciones a hombres imperfectos y principiantes en la virtud... Es tanta la bondad de Dios; que reparte con ellos sus divinas consolaciones, sintiendo los tales gran dulzura... Lo cual hace Dios para atraerlos a sí» (p. 91).

Estos consuelos son, dice, fruto de los merecimientos de Jesucristo y de la comunicación del Espíritu Santo, que por eso se llama *Paráclito*.

« que quiere decir consolador, porque es su oficio proveer las almas de tales consuelos que pongan en olvido todos los de acá abajo» (p. 89).

Un poco más abajo dice de nuevo:

«Yo creo y tengo por cosa cierta que son gran ayuda estas consolaciones espirituales para caminar en paz y con provecho la jornada de esta vida» (1. e.).

Hace luego esta fina observación sobre «la diferencia que hay entre los consuelos de Dios y del mundo»:

«que estos, cuando no se tienen, ansiosamente se buscan, y habidos, se desprecian, y aun se aborrecen; y por el contrario, los consuelos que Dios da, cuando no se tienen, no se desean, porque no se conocen; pero después de una vez gustados, cuanto más se poseen más se desean, como lo enseña el Espíritu Santo, diciendo: Los que comen a Dios quedan con hambre de más Dios, y los que beben en el arroyo de sus deleites quedan con más sed» (p. 94).

Pero sucede, advierte el Santo, al orante,

«que muchas veces, por falta de disposición en vos, y no por Dios, queda el gozar de este soberano manjar de los consuelos» (p. 90).

De todas formas, es oportuno recordar que estos sirven también para autoconocerse:

«así como es grande misericordia de Dios darle al hombre prosperidad espiritual de consuelos para que se anime, así también es muy grande misericordia suya darle adversidad espiritual de desconsuelos y sequedades, para que se conozca y humille» (l. c.).

Por eso, atento a los caminos del Señor,

«debe el varón espiritual colegir no turbarse ni inquietarse cuando careciere de los tales consuelos, pues no consiste en ellos la sólida y perfecta virtud; y cuando abundare de ellos, no los tenga por el principal bien de su alma, sino por medios que ayudan a alcanzar las sólidas y verdaderas virtudes que mucho agradan a Dios» (p. 92).

Para el Padre Rojas hay algo que, independientemente de los consuelos o de la aridez que acompañan a la oración, debe sostener siempre al orante en su esfuerzo perseverante en esa «soberana y santa ocupación»: es, justamente, su eficacia infalible, garantizada por la promesa del Señor (cf. Jn. 16, 23). El texto es precioso y denso de contenido:

«La cual palabra del Señor otra cosa no es, que cédula en blanco, y firmada por Jesucristo abajo, para que vos la llenéis de las mercedes que quisiéredes, porque ellas se os concederán aunque la monta sea de tierra y cielo y ángeles de Dios, de sol, luna, estrellas y elementos, porque estribando en el nombre de Cristo, quiero decir, en sus merecimientos divinos y en su preciosa sangre, cuanto al Padre Eterno pidiéredes, se os concederá» (p. 11).

Y, rebosante de entusiasmo y ardor, añade:

«Si deseáis paciencia, pedidla; si humildad, si caridad, si salir del pecado, si bienaventuranza, si al mismo Dios, pedidlo, que él se os dará; pues por estas palabras y oración, hecha en nombre de Jesucristo, se rinde a vuestra voluntad Dios» (l. e.).

B. «Guarda del corazón»

Dios Trinidad pide nuestra colaboración para hacer triunfar su amor y establecer su Reino en el mundo. Pero hay en nosotros eso que llamamos el pequeño «yo», que se opone con egoísmo a la realización de la voluntad de Dios, y en consecuencia frena nuestro crecimiento personal.

El Santo compara la oración, entendida como trato personal con Dios, a una «música celestial», que es fuente «de gozos inefables que en ella comunica Dios al alma». Pues bien,

«el principal instrumento de esta celestial música de la oración es el corazón humano» (p. 114).

Decir corazón, observa, es decir alma, y por tanto entendimiento y voluntad, lo más grande y vital del hombre: su espíritu. De donde se deduce que

«si el corazón está sano, todo el hombre lo está; y si en él hay algún daño, alcanza (sin quedar una) a todas las partes del cuerpo» (p. 115).

La consecuencia es lógica y de mucha trascendencia:

«Pues tanto bien y mal procede del corazón, guárdalo con toda guarda» (p. 115).

Pero, ¿en qué consiste, según el Padre Rojas, esta «guarda del corazón»? He aquí su respuesta a la pregunta:

a) Huir de toda clase de faltas y pecados:

«Quite sus pecados el alma de raíz, esto es, del corazón, y de esa manera quedará limpio y podrá ver a Dios y gozar de sus regalos» (p. 116).

b) Poner mucho empeño y cuidado en todas las cosas, aún las más ordinarias, porque

«el que desprecia y no hace caso de las cosas pequeñas despeñarse ha en las grandes... Porque grandes males siempre tuvieron pequeños principios» (p. 122-123).

El Santo habla a continuación del «gravísimo daño» que causan, principalmente, las faltas de caridad, aun las más leves «murmuracióncillas», y de cómo con ellas no es posible la verdadera oración.

e) Cuidar y cultivar con esmero

«el dificultoso y santo ejercicio de la mortificación de las pasiones y humanos gustos; porque con este medio se dispone y prepara de tal suerte, que sea fácil a Dios introducir esos gozos celestiales en la tal alma pagándole aun acá en esta vida de contado, aquellos terrenos de que ella por su divino amor se priva» (p. 109).

d) El desprendimiento. También en este punto, Simón de Rojas es fiel a la mejor tradición de la espiritualidad cristiana. Escribe:

«Una de las cosas que mucho disponen el alma para recibir liberalmente de Dios este licor sagrado de sus divinas consolaciones, es arrancar toda demasiada afición humana del corazón, aunque sea santa, porque tenemos un natural y un corazón tan pegajoso, que cualquier afición de acá abajo lo inquieta y desasosiega y así es menester guardarlo con gran recato» (p. 96).

Poco después añade este otro hermoso concepto:

«No quiere ni sufre Dios que hagáis ídolo de ninguna criatura, porque tiene celos de todo lo que no es El, y no permite que haya de vuestro amor otro apoyo ni otro blanco» (p. 96).

e) El orante se va acercando entonces progresivamente, bajo el soplo del Espíritu Santo, al «recogimiento de los sentidos» y a un estado permanente de quietud y de paz inefables. Este estado es fruto de la oración, y al mismo tiempo disposición inmejorable para ella. Por eso exclama el Santo:

« ¡Oh, cuando un corazón está quieto, pacífico y sosegado, y desasido de la tierra y de los cuidados y aficiones de ella, cómo ve y halla en Dios mil consuelos y gozos, y en cada cual de sus palabras, misterios; adóralo en las hierbas del campo, témele porque es Juez, ámalo porque es esposo, respétalo porque es padre, óyelo porque es maestro» (p. 116).

f) «Andar siempre y en todas las obras ante su divina presencia» (p. 107). «Porque allí está en lo interior del alma el reino de Dios por gracia» (p. 106). Para San Simón de Rojas el ejercicio de la presencia de Dios es superior a los «virtuosos trabajos» y mortificaciones, porque,

«aunque estos son tan santos, provechosos y loables ejercicios, en comparación de este loable ejercicio de traer presente a Dios, se puede decir que valen, pueden y aprovechan poco, porque este divino ejercicio de andar en la presencia de Dios un alma, entre otros mil bienes, tiene éste, que despierta al que la usa y lo desvela y anima a pasar adelante en el servicio de Nuestro Señor, a no perder tiempo, aprovechar toda ocasión de sufrir y padecer, de servir y amar, y para esto alcanza de Dios luz y fortaleza» (p. 108).

En esta etapa se da una interacción sumamente beneficiosa entre las disposiciones del orante y la misma oración. Las disposiciones principales son: olvido propio, espíritu de fe y de abandono, rectitud de intención, pobreza y pureza de corazón, recogimiento y silencio del ser...

No se trata aquí de exaltar un ensimismamiento o concentración estéril, ni la renuncia por la renuncia. El P. Rojas apunta hacia la disponibilidad y apertura a los impulsos de la gracia para que Dios Padre, en Cristo, por el Espíritu, se nos pueda comunicar libre y poderosamente y así cambiar radicalmente nuestro ser. De esta forma liberados y renovados, convertidos en testigos auténticos, podrá el Señor hacer de nosotros lo que quiera y enviarnos a servirle en los hermanos. Para nuestro Santo hay relación directa entre oración, vida y misión, entre oración y Reino de Dios.

Por eso es muy importante, y aun decisivo, en vista a la autenticidad de la oración, favorecer en nosotros mismos actitudes receptivo-activas, tales como escucha de la Palabra, disponibilidad y apertura a la acción de Dios, pasión por el Reino, espíritu de reconciliación y de comunión, etc....

En esta clave debe ser interpretada y aplicada la sabia norma escrita y enseñada por San Simón Rojas:

«Cual desea un alma hallarse en la hora y tiempo de su oración, tal procure hallarse antes de ella, esto es, teniendo en todo tiempo el recogimiento y la paz del corazón que desea la tal alma tener cuando va a meditar, no siendo como algunas personas distraídas y derramadas todo el día; que después, al tiempo de la oración y del recogimiento, pagan su pasada distracción con tanta sequedad y pena, que no ven la hora de salir del tormento que les es la oración» (p. 217).

g) El corazón humano, lugar de encuentro de Dios con el hombre:

« El corazón del hombre, por ser ubérrimo es inexpugnable, si no es que de su grado él se quiera rendir, como enseña San Agustín; porque es de tal calidad que no hay tomarlo por la fuerza de armas; intentará Dios rendirlo, y a eso lo provocará... ya con tribulaciones, ya con regalos, pero forzarlo, eso no» (p. 118).

Por lo cual, conociendo el Espíritu Santo la gran calidad de este corazón humano —escribe el P. Rojas— usa de este regalado término con el hombre para rendirlo, diciéndole:

«Hijo mío, dame a mí tu corazón.

(Prov. 23, 26). Palabras de gran peso y regalo, por cierto.

— **Hijo** le dice, porque por ruegos y halagos quiere Dios llevar esta conquista; como si dijera: Si tu eres mi hijo, yo soy tu padre; pues, ¿qué hijo al reclamo de esta palabra no se rinde a su padre?

— **Dame a mí;** donde se advierta que no se dice: yo me lo tomaré, sino dámelo de tu grado y voluntad. Tampoco dice: préstame tu corazón, sino “dámelo”, porque prestado, ¿quién hay que no le diese su corazón a

Dios por un adviento y por una cuaresma, o por un jubileo y otro tiempo sagrado semejante? Pero os lo habéis de tomar, no lo quiere Dios, sino dado para siempre, sin reservación de frutos.

— **Tu corazón**, no la casa, ni la viña, ni toda tu hacienda, porque aunque todo eso sea santo y bueno de ello no hace caudal Dios si reserváis vuestro corazón, por ser lo mejor que en vos hay, y eso mejor se sirve a su preciosa mesa. Si ese corazón diereis, guardadlo de ocasiones, de pasiones y aficiones que distraen, y fiad que por ese camino os dispondréis al recibo de los favores y regalos del cielo» (p. 119).

C. Confianza

La confianza es uno de los estribos más seguros de la espiritualidad de San Simón de Rojas. Con clarividencia, pone en guardia al orante para que no se deje llevar ni engañar por nada que pueda saber a presunción:

«Aborrece Dios de tal manera al presumido y confiado, que cosa que tenga olor a sabor o resabio de presunción y humana confianza, no la puede ver» (p. 198).

Pero también es muy perjudicial para la oración la desconfianza:

«No desconfiéis, porque es gran estorbo para alcanzar de Dios sus gracias, la desconfianza y ataréis a Dios con ella las manos» (p. 192).

Nuestra confianza ha de ser audaz, segura y sin vacilaciones, continuada y perseverante. Veamos cómo lo explica y propone el Santo:

Audaz. Cristo nos enseñó a llamar a Dios Padre, y en virtud de esa enseñanza «nos atrevemos» a llamarle así.

Nuestra confianza ha de ser tal que entremos en la oración «pidiendo mercedes y, juntamente dando gracias por ellas» (p. 13), porque «como Dios es infinitamente rico y bueno, es tan sin duda que se hará lo que vos en vuestra oración pedís, que para alcanzarlo es gran disposición entrar con fe de que se hará lo que pedís: y eso es entrar pidiendo y dando gracias» (l. c.).

— Absolutamente segura, porque se funda en la mismísima fidelidad de Dios, el cual es

«tan poderoso como bueno, y tan bueno como liberal, pues nos da más de lo que le pedimos y aun de lo que alcanza nuestro entendimiento a pedir; pues si Dios, que tanto puede dar y para ello no le falta voluntad, antes nos ruega y convida con sus tesoros, ¿quién será tan grosero y mal mirado que no acuda a sus puertas con toda seguridad y confianza?» (p. 195).

— **Continuada**, en todo momento y situación. Aludiendo al maná del desierto durante la marcha del pueblo hebreo hacia la tierra prometida, el Padre Rojas se interroga y responde como sigue:

«¿Quién hubiera que no juzgara por mejor y más acertado hacer de una vez provisión de aquel manjar para todo el año y que lo encerraran, y con eso descuidaran, o a lo menos lo necesario para cada mes o para cada semana siquiera?

Eso dice la humana providencia, pero la divina quiere y enseña que cada día salga y coja cada día, y coma cada día, pretendiendo en esto Dios, que cada día y cada hora y siempre lo hayáis menester y que no confiéis... sino en el que es universal criador y alimentador de todas sus criaturas, en tal grado, que cuando de la tierra os faltare manjar mandará a sus ángeles que os provean... Y todo este ensayo es a fin de que acudáis con toda segura confianza en vuestros trabajos y necesidades, a El» (p. 196).

— **Perseverante**. La perseverancia es cualidad de la oración lo mismo que de la confianza. Escribe nuestro Santo:

«Otra condición y muy importante de la oración es que sea continuada, seguida y perseverante, como nos lo enseña Jesucristo» (p. 109).

Y observa que a los hombres les molesta ser importunados, mientras que «Dios quiere serlo y gusta de ello» (l. c.). Muchas veces incluso

«difiere Dios su dar, para que se despierte nuestro pedir; no le dilata por no querer sino por acrecentar nuestro deseo y así hacernos más cumplida la gracia y la merced» (p. 211).

D. Lectura

Como es sabido, la oración es, ante todo, obra de Dios, don gratuito del Padre por medio de su Espíritu, el cual «viene en ayuda de nuestra flaqueza, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene» (Rom. 8, 26). La oración supera nuestra capacidad natural. Pero, sin embargo, también es, en cierta medida, obra nuestra, de tal modo que nuestros comportamientos y actitudes condicionan mucho nuestra oración.

Un aspecto que requiere un cuidado especial es el de la preparación inmediata de la oración. Me refiero a la elección y disposición del tema y de los puntos que serán el sujeto de la oración. Conviene leer algo referente a ello, preferentemente haciendo uso de la Palabra de Dios. Eso ayuda al orante a entrar y mantenerse en clima de

presencia de Dios, a centrar la atención. Predispone también a dar respuesta a los impulsos y a las llamadas interiores. La oración que no es capaz de renovar y transformar a la persona, que no conduce a un compromiso real, a la entrega y al servicio del hermano, no es verdadera oración. El orante, si no quiere quedarse a las puertas o bajo el solo influjo de un vago sentimentalismo, ha de proponerse expresa y seriamente el problema de su compromiso.

Hemos hecho alusión a la lectura. Las lecturas bien escogidas y dosificadas son un medio eficaz como auxiliar de la oración. El santo Padre Rojas aconseja recurrir a él, principalmente, en tres situaciones:

a) Cuando nos encontremos distraídos o inquietos. Entonces

« será acertado remedio serenarlo y quietarlo con un rato de lección espiritual de algún libro devoto, o con leer la vida de algún santo, antes de entrar en el secreto de la meditación» (p. 28).

b) Si se tiene poca memoria. A quien no la tiene

«ayudará mucho, un rato antes de meditar aquellos puntos sobre que piensa tener su recogimiento, leerlos, porque si así no va prevenido con esta santa lección, perderá mucho tiempo después, pensando y buscando o imaginando qué puntos o misterios meditará» (l. c.).

e) Cuando se encuentra uno frío interiormente, sobre todo al principio de la oración. En tal caso

«es buen consejo, cuando así se hallare, comenzar leyendo algunas oraciones vocales o alguna letanía y salmos, y después, cuando ya la devoción se comencare a encender, podrá el alma pasar a la consideración de algún misterio de la vida y muerte de Jesucristo Nuestro Señor o de su Sacratísima Madre» (l. c.).

Como norma general, la lectura en el tiempo de la oración se ha de hacer sin escrúpulo, pero con discernimiento y sólo en la medida en que se necesite. Y siempre, cuando se trata de la palabra de Dios, debemos recordar lo del salmista:

« Señor, dice el Profeta, vuestra palabra oída o leída es antorcha que me guía y muestra dónde he de poner con seguridad mis pies y también es la luz que me descubre, por estrechas que sean, las sendas de vuestro servicio (Sal. 118, 105)» (p. 24).

III

QUÉ ES Y CÓMO HA DE SER LA ORACION

Conviene advertir, para comenzar este apartado, que Simón de Rojas no habla en su libro tanto de la oración litúrgica y comunitaria como de la individual y personal.

Nadie ignora que la oración comunitaria no es la suma de las oraciones dichas o hechas por cada uno de los miembros de la comunidad. Si así fuera, los «yo» individuales nunca llegarían a constituir un «nosotros»; y esto es esencial para que la comunidad exista, para que haya comunión.

Sin embargo, es preciso decir también que el primer requisito para que haya oración comunitaria es que haya oración individual. La oración comunitaria se logrará solamente si los miembros de la comunidad buscan y se esfuerzan —desde una vida en comunión— por llegar a tener un encuentro personal con el Señor. En este sentido, la doctrina y las orientaciones prácticas del Padre Rojas pueden ser válidas y eficaces para orientar ya sea la oración litúrgica, ya la oración comunitaria en todas sus formas.

1. La oración, «elevación de la mente a Dios»

Comienza San Simón trayendo a colación varias descripciones o definiciones que de la oración se han hecho a lo largo del tiempo. Cita a San Juan Crisóstomo y a Juan Gersón, y, cómo no, también hace referencia a Santa Teresa, poco anterior a él: «Yo sé —escribe— de una gran sierva de Dios, para aprovechamiento de muchas almas», según la cual, «no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (y. 8, 5). Pero, para comenzar su reflexión él se queda con la clásica definición del Pseudo-Dionisio: La oración *«es una elevación de la mente a Dios»*.

La oración es, fundamentalmente, «unión del alma con Dios», esto es, un encuentro interpersonal, yo-tú, con las tres divinas Personas de la Trinidad. Naturalmente, este encuentro privilegiado no es racional ni se queda en la superficie, sino que se realiza en la profundidad del ser y en la intimidad amorosa.

De ahí que en la explicación y en las observaciones que el Santo hace de la explicación del Pseudo-Dionisio, se muestre exigente:

«Elevación, o vuelo, o subida que el alma da a lo alto, sacudiéndose y desapoyándose de las cosas de la tierra»
(p. 34).

Es decir, atención sostenida y concentrada, desprendimiento, ascesis, intensidad y radicalidad del amor. Evidentemente, no como plenitud desde el principio, sino como anhelo, como tendencia y aspiración.

— De la mente, que equivale a decir del «entendimiento y de la voluntad. De estas potencias,

«el entendimiento es como el ojo que ve los bienes eternos y los muestra a la voluntad para que los ame; porque aunque el entendimiento ve, no tiene pies para andar, y la voluntad, aunque los tiene, es ciega que no ve; por lo cual de esta manera se ayudan una a otra, y cuando estas dos potencias se hermanan a obrar juntas, entonces un alma se dice tener oración mental» (p. 38).

Se ayudan y apoyan una a otra, cierto, pero la primacía pertenece a la voluntad,

«porque la obra de la voluntad es más principal, blanco y fin de la obra del entendimiento; conforme a lo cual, debe ser nuestro cuidado atizar y avivar la voluntad, despertando en ella fervorosos afectos y generosos de Dios, de la imitación de Jesucristo, de amor a las virtudes y de otros dones y gracias semejantes» (1. c.).

Ya había escrito con anterioridad Santa Teresa que «no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho» (M. IV, 1, 7).

Es, por tanto, lo contrario a encerrarse el orante en sí mismo o no trascender el pequeño mundo de su entorno. La oración verdadera es apertura, entrega, amor:

— A Dios. De tal modo que sólo cuando se entable este contacto, cuando se dé encuentro personal, se pueda hablar propiamente de oración. En concreto, la oración del cristiano debe ir dirigida

— *a Dios Padre*: « ¡ Oh, gran misericordia de Dios y gran dignidad del hombre, pues lo levanta Dios a tanto, que lo recibe por hijo y le da licencia y aun le manda que lo llame y tenga por padre!» (p. 220).

— *Por Jesucristo*: que es lo que la Iglesia hace en la liturgia, «pues ninguna de sus oraciones y peticiones remata sin poner por mediador a Jesucristo» (p. 234). Cristo es, en efecto, «la razón de ser nosotros oídos, y si de en medio Cristo saliese, ninguno sería escuchado de Dios, como ni amado tampoco» (p. 235).

— *En el Espíritu Santo*: El nos habla en la Escritura (cf. p. 107. 138). Más aún, él es la personificación del amor de Dios que nos habita y guía (cf. p. 263). De donde se sigue, escribe, que debemos dejarnos dirigir por él (cf. p. 261). Y en otro lugar añade:

«No os contentéis con poco Espíritu Santo sino con plenitud de él... andando siempre en oración y hacimiento de gracias» (cf. Ef. 5, 18, 20) (p. 44).

2. Tres maneras de oración

A. La meditación

Fiel a la tradición cristiana, Simón de Rojas no concibe la meditación como si no fuera otra cosa que un ejercicio discursivo de la mente. Muy al contrario, dice que

«el fin principal de la meditación no es saber verdades, sino amarlas, ocupando más la voluntad en amar virtudes y aborrecer vicios, que no el entendimiento en especular las esencias de ellos» (p. 46). Por eso, añade, «el que medita, en la oración ha de estar ajeno de toda curiosidad, aunque sea en misterios de la humanidad o divinidad de Cristo» (p. 47).

Citando a Santo Tomás, a quien conoce bien, establece este principio:

«El aprovechamiento cristiano no consiste en los buenos pensamientos, ni en la inteligencia alta de cosas soberanas, sino en el ejercicio de sólidas virtudes... Pongérese mucho esta doctrina, porque es el fundamento de aprovechar en el ejercicio de la oración mental» (1. c.).

Desciende luego a aspectos prácticos, y enseña que si se quiere hacer la meditación «con provecho», ésta «pide algunos requisitos, como son»:

— **tiempo:** «que por lo menos sea de una hora, porque lo que fuere menos no será más que comenzar;

— *lugar:* «que sea recogido y retirado, sin ocasiones de divertimento»

— *postura:* « que sea con reverencia» (p. 48).

B La contemplación

Hay quienes se asustan al oír la palabra «contemplación», y piensan que sea una forma de oración accesible a personas muy selectas únicamente; pero no es así: todos tenemos una fuerte tendencia a la interiorización y capacidades para satisfacer esa tendencia. Mucho más nosotros que, informados por la fe, podemos abrirnos y dejarnos modelar por el Espíritu Santo.

La contemplación, como aquí se entiende, es un trato amistoso con Dios, sumamente sencillo y al alcance de todo cristiano. Reconociendo que la contemplación es don gratuito de Dios, es evidente que también necesita que pongamos de nuestra parte todo lo que podemos. Para San Simón de Rojas, la primera condición para obtenerla es la humildad, ya que se trata de una «secreta y escondida noticia de Dios», y sólo

«al humilde promete Dios luz y conocimiento de sus profundos misterios» (p. 52).

Ya se ha dicho que en este estadio la iniciativa parte siempre de Dios. Si él

«no comienza y toma la mano, por demás son nuestras diligencias, aunque son necesarias también» (p. 157).

El orante escucha, mira y percibe la mirada de Dios, se sabe amado y ama... No es eso un conocimiento racional «o noticia que el hombre con su discurso alcanza, sino aquel sentimiento y ponderación que saca el alma cuando por unión amorosa se junta con Dios» (p. 54).

Por eso, en la contemplación de «los misterios del Hijo y de la Madre»,

«en el rato en el cual es admitido al secreto de Dios, sea más el oír que el hablar. Porque quiere que sea poco el hablar y mucha la atención, obediencia e imitación» (p. 268).

El Santo se esfuerza para hacer comprender

«la diferencia que hay entre la meditación y la contemplación, por comparación de una imagen perfecta y acabada... Esta imagen la podéis vos mirar en una de dos maneras: o discurrendo y pasando los ojos por cada parte de ella, mirando cuán perfecta y acabada esta... Podéis también mirar esta imagen cuando, enterado ya y satisfecho de su hermosura y perfección, os estáis con los ojos abiertos, como embelesado, mirándola con gusto y contentamiento...

La primera manera de mirar es propia de la meditación, la cual para hallar las verdades que pretende, discurre de una cosa en otra; pero la segunda manera de mirar es muy propia y natural de la contemplación, la cual con una sencilla vista del entendimiento, con quietud y sosiego goza de la verdad ya conocida y hallada» (p. 56).

Dios no excluye a nadie de esta clase de oración; pero «es lástima —dice San Juan de la Cruz— ver muchas almas a quien Dios da talento y favor para pasar adelante... y quédanse en un bajo modo de trato con Dios, por no querer, o no saber, o no las encaminar o enseñar a desasirse de aquellos principios, por no haber acomodádose ellas a Dios» (5., Prólogo, 3).

No hay que frenar nunca el proceso normal de la vida de fe, sino dejar fluir la gracia y, por tanto, la oración como nos es dada. Es menester cultivar y favorecer todo aquello que pueda contribuir a su desarrollo. Y un día, sin que uno se aperciba del camino recorrido, se da cuenta de que ya no puede meditar; y si toma la Biblia, a la vuelta de la página, entorna los ojos y se queda en calma y sosiego. Pudiera pensar que pierde el tiempo, pero es el momento de dejarse llevar por ese impulso de paz y de tranquilidad, que, con toda certeza, viene del Espíritu.

La oración cristiana tiende a simplificarse cada vez más. San Simón de Rojas, al comenzar a tratar el tema de la oración en general en su libro, hace una descripción que dice haber aprendido de un gran orante, para quien orar

«es ponerse un alma ante su Dios y Dios ante ella; mirando Dios con ojos de misericordia al alma y ella con ojos de humildad a Dios, y estar como un polluelo clamando y con sus clamores enterneciendo el pecho de su padre para que lo remedie» (p. 33).

Así entendida, la oración admite muchas formas y diversos grados. Los santos, que son nuestros modelos, fueron muy personales en sus maneras de tratar con Dios. Tomás de Celano, discípulo y primer biógrafo de San Francisco de Asís, dice de él que «cuando oraba en las selvas y soledades, hablaba frecuentemente en alta coz con Dios, no como quien ora, sino más bien como quien todo él está hecho oración».

C. En estado de oración

Dice San Lucas en su evangelio: «Les dijo una parábola para inculcarles que es preciso orar siempre sin desfallecer» (18, 1). También San Pablo escribió a los tesalonicenses: «orad constantemente» (1Tes. 5, 17). Pero, ¿será posible orar siempre, sin cesar? Muchos santos y fieles han tenido esta experiencia. A ellos les parecía normal este «estado de oración».

No vayamos a creer que orar permanentemente quiera decir acordarse de Dios en todo momento. Se trata más bien de vivir en una actitud continuada y honda de amor:

«Pues su divina bondad a todas horas llueve sobre nosotros lluvias de beneficios, ¿qué mucho que a todas horas le estemos dando por ellos gracias?» (p. 44).

Y, citando a San Gregorio Nacianzeno, dice el Padre Rojas:

«Más veces que respira el hombre, se debería acordar de Dios» (l. c.).

Algo parecido a esto, aunque de manera muy distinta, se da a nivel de la afectividad humana entre dos personas profunda y auténticamente enamoradas. Es distinto, digo, porque en la relación de intercambio amoroso humano, son las mismas personas las que le dan su dinamismo, en tanto que en el caso de la oración es la fuerza del Espíritu la que lo anima y sostiene, Dice el Padre Rojas:

«y el alma que a ese estado llegare, habrá llegado a tener don de oración, pues es movida por Dios y por su divino Espíritu a pedir, dándole el mismo Dios que la despertó sentimiento en cualquier cosa buena que ve, oye o lee» (p. 45).

Esta unión es cuestión de amistad y de un amor recíproco tal,

«que se conserva —dice— durmiendo y velando, comiendo y negociando, en casa y fuera, en el campo y en la plaza y en todo lugar» (p. 217).

Se trata de una «memoria continua de Dios» y de un «enderezar ordinario el corazón y la intención a El para desearlo y amarlo». Este «santo ejercicio», prosigue el Padre Rojas, reporta al orante grandes beneficios «porque trae el corazón tan concertado y tan derecho a Dios y al cumplimiento de su santa ley y conformidad en todo con su divina voluntad, que para resistir a cualquier vicio o para abrazar cualquier virtud, lo pone pronto y dispuesto y animado, porque el auxilio y socorro oportuno de la gracia divina nunca faltó a los que con espíritu y con verdad andan en el uso de la presencia divina, y así el alma que aun en esta vida quisiere gozar de los divinos consuelos, eche por este camino y hallarlos ha» (p. 108).

Ese es el proceso normal de la oración. Y sabiendo que

« su consuelo es estar contigo, séalo también tuyo estar con él» (p. 44). « Este andar siempre interior y recogida un alma, y en medio de las plazas y de los negocios orando, llamaron los antiguos oración jaculatoria» (l. c.), que «es un breve, presto y repentino vuelo de la mente a Dios» (p. 42).

IV

LOS FRUTOS DE LA ORACION

Hablando de la oración no hay que razonar nunca en términos de eficiencia o de rentabilidad. La oración no tiene valor absoluto. Es el «unum necessarium». Pero de ella —¿quién puede dudarlo?— se derivan muchos y sabrosos frutos. San Simón de Rojas habla de los «grandes frutos» que experimenta en sí el orante y sugiere que

«habían de obligarnos a nunca tomar descanso hasta alcanzar de Dios y hallar este precioso tesoro» (p. 57).

Lógicamente se dan con mayor abundancia al paso que se va avanzando por el camino de la oración.

1. La oración, «único y universal remedio»

El «primer fruto» de la oración, según nuestro Santo, es un «conocimiento experimental de Dios», que es, a su vez,

«una muy principal puerta por donde entran al alma los dones que le envía el cielo para enriquecerla» (p. 57).

La oración es, en efecto, «único y universal remedio» y fuente segura de todos los bienes, en cuanto que:

— Hace al orante «humilde y fuerte» (p. 41), y al alma

«sorda, ciega y muda a todo lo que no es Dios; quiero decir —añade— hace que no oiga agravios, oyéndolos; ni los conozca, viéndolos; ni responda diciéndoselos» (p. 134).

— La oración hace también «un alma sabia... »

«La razón de esto es clara, porque los sabios del mundo estudian leyendo, pero los sabios de Dios estudian orando; y en la lección tenéis por maestro al libro, pero en la oración al Espíritu Santo» (p. 138).

— Por medio de la oración es como, principalmente lograremos «alcanzar todas las virtudes y vencer todos los vicios» (p. 170). Así, por ejemplo:

«¿Tenéis el corazón entre dos cantos, afligido y desconsolado por el mal suceso, o desgraciadas nuevas que os vinieron? Presentaos un rato ante Dios, y saldréis confortado» (p. 156-157),

Hace preciosas aplicaciones de esto a las diversas virtudes teologales y cardinales para concluir con esta significativa exclamación:

«Oh, cómo, si un rato os ponéis ante Dios, experimentaréis milagros en vos!» (p. 157).

2. Hacia la completa cristificación y deificación

Del conocimiento experimental de Dios, brota

«un fuego en la voluntad, con el cual arde en el amor de aquella gran bondad que allí se le descubrió» (p. 57).

De éste se pasa a «un suavísimo deleite y maná escondido, el cual solamente conoce quien lo ha gustado» (l. c.). Lo que hace que «ya el alma en ninguna otra cosa halla verdadero gusto ni descanso, sino en él»; pues sabe

«que este bien se alcanza con el trabajo de las virtudes y aspereza de la vida y con la imitación de aquel Señor que dice: yo soy camino, verdad y vida, nadie viene al Padre sino por mí» (Jn. 14, 14, 16) (p. 58).

En efecto, los que están en Cristo, como dice San Pablo,

«han recibido el espíritu y el privilegio de adopción con el cual y por el cual tienen licencia de a voces llamar a Dios una y mil veces Padre» (p. 221).

Y más adelante nos recuerda que

«el Espíritu Santo, que esencialmente es amor, se baja al ánima del justo y cría en ella este hábito celestial, el cual lo inclina y mueve a amar a Dios» (p. 263).

Este proceso de cristificación lleva al alma, dice el Padre Rojas, a «estar sumida y anegada en el abismo de la infinita bondad de Dios», de la Trinidad; y a «descansar y gozarse en su inmensa bondad y paternal providencia» (l. c.). Y el alma se ve entonces envuelta en una «seguridad que es mayor de lo que nadie puede imaginar» (l. c.).

Así, pues, importa mucho acostumbrarse a vivir en profundidad una relación yo-tú con Dios Padre, en Cristo, por el Espíritu:

«En todos tus caminos (esto es, en todo cuanto interior y exteriormente hicieres), piensa en el Señor; considera la presencia de su Divina Majestad, enderezando a él tus pensamientos y deseos. Haciendo de tu parte esto, de

la suya hará Dios que tus pasos vayan derechos y encaminados al cielo, ilustrándote, moviéndote e inspirándote a que en todo hagas su divina y santa voluntad» (p. 107).

Nuestro Santo pone de relieve la proyección práctica de la contemplación de Dios Uno y Trino, y dice así:

«Considerad la inmutable eternidad de esta Santísima Trinidad a cuya imitación estaréis firmes en su divino servicio, tras esto contemplad en esta gloriosa Trinidad la bondad y el saber, procurando de la bondad con que Dios se comunica a sus criaturas sacar vos liberalidad, con la cual os comunicuéis al prójimo en sus trabajos y necesidades; y de la sabiduría de Dios sacaréis ser avisados y prudentes en vuestras cosas; y no olvidéis de engrandecer la suma justicia y misericordia que a todos perdona, y su justicia castigadora de pecados, castigando en vos los vuestros» (p. 303).

Y termina con esta preciosa exhortación:

« Pues tales y tantas perfecciones tiene, alma, esta divina Trinidad, ámala, adórala, témela, y reverénciala sujetando tu entendimiento a la fe de ella, y agradeciéndole tan alta merced como al mundo hizo en darnos de sí este sobrenatural conocimiento, y en ponernos a la ribera de este río, cuyo ímpetu alegra la ciudad de Dios» (Sal. 45, 5) (l. c.).

3. Una misteriosa fecundidad apostólica

La oración puede transformar al hombre de tal manera que ya no viva éste sino en Dios y para Dios. «No soy yo quien vive; es Cristo quien vive en mí» (Gal. 2, 20), dijo San Pablo. Cuando esto es verdad, dice el Padre Rojas, todo «nace de mayor caridad». Por eso, el que ora por los otros y vive en actitud permanente de oblación y entrega, «no pierde en la mercadería, antes gana, pues negocia mejor para sí» (p. 256).

«Oh, cómo imprimió este afecto y este deseo de pedir y trabajar no solamente para sí, sino también para todo el mundo, Jesucristo en los corazones de sus santos» (l. c.).

Esta oración, hecha toda ella vida, y transformada la vida en oración,

«es tan poderosa, que por ella sufre y sustenta Dios el mundo Que si eso no fuese, ¡cuánto ha que habría acabado Dios con nosotros, según son muchas las culpas con que le provocamos!» (p. 164). «¡Oh, cómo es mejor lanza la oración de un bueno, que la del más esforzado capitán! ¡‘Cómo, no peleando, pelea más desde su celda el buen religioso con su oración, que el ejército desde las trincheras!» (l. c.).

4. Hacia la plena transformación y unificación

Lo determinante en nuestra vida es que Dios sea realmente todo en nosotros: él y su Reino, con todas las consecuencias, hasta el despojo total. La paradoja de la pobreza total es que se confunde con la suma riqueza. Ya lo dijo San Pablo: «como mendigos, pero enriqueciendo a muchos; como quienes nada tienen, pero poseyéndolo todo» (2 Cor, 6, 10).

Entramos en la etapa de la perfecta unificación, en el último tramo del camino que conduce al orante — «peregrino de la fe»—, a la Patria. En esta fase la transformación abarca todos los aspectos: la fe se vive como adhesión total y como abandono incondicional a Dios; la oración, como mirada sencilla y amorosa; la acción, como servicio y comunión...

Se ha aprendido, finalmente, a orar con la vida y para la vida. La vida se hace oración, porque todo se ve y percibe como epifanía del Absoluto: las personas, los acontecimientos, las cosas... Ya no hay oración y acción; sólo hay amor, comunión, inmolación, reposo, plenitud, paz; sólo hay Dios... Es, dice San Simón,

«la tranquilidad del alma, la cual es un cumplido reposo y una holganza espiritual, un silencio interior, un sueño reposado en el pecho del Señor; y es aquella paz que como dice San Pablo (cf. Fil. 4, 7), sobrepuja todo sentido, porque no hay entendimiento humano que baste a comprender lo que es, sino aquel que lo ha probado» (p. 59).

«Este es, cristiano, el reino de Dios en la tierra y el paraíso de deleites y el sábado espiritual de que podemos gozar en este destierro; y éste es el tesoro escondido a los ojos del mundo ciego (cf. Mt 13, 44) en la heredad del Evangelio, por el cual el sabio mercader vende cuanto tiene por alcanzarlo» (l. c.).

CONCLUSION

San Simón de Rojas no fundó escuela de espiritualidad alguna; pero, buen conocedor de los grandes maestros espirituales, extrajo de ellos lo mejor, lo hizo vida y lo transmitió a los demás. Antes que hablar o escribir sobre la oración —que también lo hizo— supo vivirla. Es, ciertamente, un gran modelo de orantes. Y como es verdad que nuestro mundo, y aun muchas de nuestras comunidades, están necesitadas de estos modelos, creo que la misión de nuestro Santo sigue siendo, por perenne, muy actual.

Desde hace años se nota una significativa recuperación de la dimensión cotemplativa de la vida cristiana, y más particularmente de la religiosa. Se diría, al menos mirando a ciertos ambientes, que se está realizando la profecía de Zacarías:

«Darramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén un espíritu de gracia y de oración, y alzarán sus ojos a mí» (Zac. 12, 10).

Mirando a otros, sin embargo, se tiene la impresión, y aun el temor, de que es más lo que se escribe y habla sobre la oración que lo que realmente se ora. Parece que, en muchos casos, el estilo de vida no constituya, precisamente, un presupuesto apto para la verdadera oración, ni que la calidad de ésta sea, como debiera, impulso de renovación individual y comunitaria y de relanzamiento profético de la propia misión.

Por otra parte, enseña la experiencia que cuanto más se ora, más necesidad y deseo de orar se tiene; y al contrario, cuanto más se descuida la oración, menos ganas se tiene de orar y más cuesta volver a ella. Es gran verdad lo que escribió Pablo VI:

«Si habéis perdido el gusto por la oración, volveréis a sentirlo cuando volváis a poner os humildemente a orar» (Ev. testif., 110).

Y San Simón de Rojas, al final de la Segunda Parte de su tratado, escribe:

«Habiendo tratado de las fuerzas y majestad de la oración, la cabida que con Dios tiene, y los muchos y grandes efectos que obra en el alma que de ella se procura valer, no pude no escribir este capítulo para confusión de aquellos que para con Dios son tal mal mirados y descomedidos que no acuden en sus trabajos a Dios, o si acuden, es tan tarde y con tanta remisión y tan después de haber intentado todos los medios de la tierra, que muestran bien su poca fe y confianza; los cuales, si viva y entera la tuvieran, de las misericordias de Dios, el primer llamado y consultado en sus trabajos y negocios fuera Dios» (p. 179).

Efectivamente, la oración es cuestión de fe y de esperanza. De fe y confianza «viva y entera en la misericordia de Dios», como dice el P. Rojas. Por eso, él nos exhorta con estas palabras:

«No deis, pues, en un descuido tan dañoso, sino acudid con tiempo a Dios, y con la aldaba de la oración, llamad a las puertas de su divina misericordia» (p. 181).

Siempre se puede orar mejor, y hay que procurar hacerlo. Escuchemos de nuevo, antes de concluir, la voz insistente del admirado Padre Rojas. Es el grito del testigo, del gran apóstol orante, del enamorado de Dios y de su Santísima Madre María. Es la llamada del gran servidor de los hombres, del padre de los pobres:

¡Oh, esencial y verdadera hermosura que tienes absortos y transportados en ti los más altos de los serafines, aficiona de tal suerte nuestros corazones, que a ti miremos, a ti busquemos y a ti solamente amemos!... (p. 161)

INDICE

Págs.

PRESENTACION	5
1. EL PADRE ROJAS ORANTE Y MAESTRO DE ORACION	
Datos biográficos	7
1. Orante y Maestro de oración ...	11
2. Formador de orantes	16
3. Razones que le inducen a escribir sobre la oración	18
II. PREPARACION PARA LA ORACION	
1. Necesidad de la preparación	22
2. Cómo ha de ser la preparación.	24
A. Tener en alto concepto su valor	24
B. «Guarda del corazón»	30
C. Confianza	38
D. Lectura	42
III. QUE ES Y COMO HA DE SER LA ORACION	46
1. «Elevación de la mente a Dios».	47
2. Tres maneras de oración	51
A. La meditación	51
B. La contemplación	52
C. En estado de oración	57
IV. LOS FRUTOS DE LA ORACION ...	60
1. «Unico y universal remedio»	60
2. Hacia la completa cristificación y deificación	62
3. Una misteriosa fecundidad apostólica	66
4. Hacia la plena transformación y unificación	67
CONCLUSION	69